

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Carolina Pizarro Cortés
José Santos Herceg
(eds.)

n. 24/2024



KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Nº24 (2024)

Parte I

Presentación. Esquirolas culturales de los estallidos sociales en América Latina.

Carolina Pizarro Cortés y José Santos Herceg 5-6

No-ver corporal, no-ver mediático y no-ver público en las prácticas artivistas del Estallido Social de Chile (2019).

Miguel Alfonso Bouhaben 7-39

Mirar por la herida. El giro fotográfico de la denuncia desde la dictadura militar a la Revuelta Popular en Chile.

Cynthia Pamela Shuffer 41-65

Matar los ojos: intervenciones estéticas y políticas sobre las miradas tullidas tras el estallido social chileno.

Marta Pascua Canelo y Carlos Ayram 67-92

Tránsitos entre el miedo y la ira: feminismo y performance en el estallido social chileno.

Rosemary Bruna Ramírez 93-115

“El baile de los que sobran” (Los Prisioneros, 1986): tres momentos de sus recepciones y escuchas.

Cristóbal Allende Pino 117-132

Poesía revuelta en Chile: aproximaciones a un corpus desapropiado.

Biviana Hernández Ojeda 133-158

Metáforas de la(s) revuelta(s) en la narrativa chilena reciente. Federico Cabrera	159-178
Vistas aéreas, archivo y políticas de producción de verdad. Carla Nicole Ayala Valdés	179-204
De la calle a la web: testimonios de la protesta artística de octubre 2019 y su continuidad en las plataformas digitales. Carolina Pizarro Cortés	205-222

Parte II

Legitimación y deslegitimación de la violencia policial mediante racionalización en Twitter: el caso del paro nacional universitario en Colombia de 2018. Serhat Tutkal	223-255
Pueblo, emergencia popular y democracia: categorías disputadas. Cristóbal Friz	257-273
Movimientos sociales que irrumpen. Egosintonías y socializaciones aceleradas en jóvenes chilenos. Karla Henríquez	275-290
Narrativas de solidaridad durante el Estallido Social en Chile: Testigos comprometidos durante las protestas en las calles. Ximena Faúndez Abarca, Omar Luis Sagredo Mazuela y Fuad Hatibovich Díaz	291-321
Milicias en el octubre chileno. La primera línea de la protesta. José Santos Herceg	323-339
“Que la academia salga a la calle!”: saber académico y espacio público en la revuelta chilena de 2019. Jorge Eduardo Cáceres Riquelme y Nivaldo Acero	341-364
La práctica utópica como dispositivo de articulación y sostén del continuo constitucional chileno. Isabel Serra Serra	365-389

Portada: Fotografía realizada por Javiera Santos.

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

TRÁNSITOS ENTRE EL MIEDO Y LA IRA: FEMINISMOS Y PERFORMANCE EN EL ESTALLIDO SOCIAL CHILENO

Transitions Between Fear and Anger: Feminisms and Performance in the Chilean Social Uprising

ROSEMARY BRUNA RAMÍREZ
Universidad de Santiago de Chile (Chile)

Rosemary.bruna@usach.cl

Recibido: 8 de septiembre de 2024

Aceptado: 8 de diciembre de 2024

<https://orcid.org/0000-0002-7659-2837>

<https://doi.org/10.7203/KAM.24.29846>

N. 24 (2024): 11-34. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: Este artículo aborda los feminismos y las performances feministas en el contexto del estallido social chileno de 2019, con un enfoque en las emociones del miedo y la ira como motores de acción política. Parte de una revisión del estado de la cuestión, analizando cómo los movimientos feministas en Chile han desarrollado estrategias de resistencia y transformación desde la dictadura cívico-militar hasta el presente, articulando demandas que van más allá de las cuestiones de género para incluir críticas al modelo neoliberal. El objetivo central es explorar cómo el feminismo chileno resignifica emociones tradicionalmente vistas como paralizantes o destructivas, transformándolas en herramientas políticas que cohesionan a las comunidades y fortalecen las movilizaciones. Se sostiene que estas emociones no solo operan en el plano individual, sino que se entrelazan para articular colectividades resilientes y generar demandas de justicia social. A través del análisis de performances emblemáticas como “Un violador en tu camino” y otras performances feministas, se evalúa cómo el cuerpo y los afectos aparecen en el espacio público como elementos de transformación política.

PALABRAS CLAVE: Estallido social chileno, feminismos, performance, miedo, ira, emociones políticas, acción colectiva.

ABSTRACT: This article addresses feminisms and feminist performances in the context of the 2019 Chilean social uprising, focusing on the emotions of fear and anger as drivers of political action. It begins with a review of the state of the art, analyzing how feminist movements in Chile have developed strategies of resistance and transformation from the civic-military dictatorship to the present, articulating demands that go beyond gender issues to include critiques of the neoliberal model. The central objective is to explore how Chilean feminism resignifies emotions traditionally seen as paralyzing or destructive, transforming them into political tools that unite communities and strengthen mobilizations. It argues that these emotions do not operate solely on an individual level but intertwine to build resilient collectivities and generate demands for social justice. Through the analysis of emblematic performances such as “Un violador en tu camino” and other feminist performances, the article evaluates how the body and affects emerge in the public space as elements of political transformation.

KEYWORDS: Chilean social uprising, feminisms, performance, fear, anger, political emotions, collective action.

INTRODUCCIÓN¹

El estallido social de 2019 en Chile fue una movilización masiva, que inició en octubre de ese año y abrió un proceso constitucional que siguió a las manifestaciones ciudadanas, a partir del Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución (2019).² Después de varios plebiscitos y elecciones de representantes para las instancias de elaboración de los nuevos textos,³ la ciudadanía rechazó en dos ocasiones las propuestas para una nueva constitución. Dado que algunos autores han considerado el proceso como un fracaso, debido a la desconexión entre la ciudadanía que se expresó durante el estallido y las élites políticas que la representaron en el proceso formal,⁴ podría plantearse la pregunta acerca de por qué seguir pensando respecto del estallido social. Desde la perspectiva que se asumirá en este trabajo, se considerará el proceso social y político expresado en el estallido como un eslabón en una cadena mucho más amplia que el proceso constitucional formal, cuyo desarrollo histórico es de larga data y aún no tenemos claridad de su desenlace total. En este sentido, seguimos a Pleyers, quien plantea que "los movimientos sociales no tienen un inicio ni un final claros, son procesos que se despliegan en el tiempo, con momentos de efervescencia y otros de reflujo, pero cuyo impacto se puede percibir a largo plazo" (2018: 28), y se propone que mirar el estallido social exclusivamente desde la óptica del proceso constitucional sería limitar la comprensión de un fenómeno que excede lo institucional y se despliega en múltiples dimensiones. Entre ellas las afectivas, las culturales y simbólicas, pues, como señala Nelly Richard, "las revueltas no se miden únicamente por sus resultados institucionales, sino por las fracturas y transformaciones que producen en el tejido social y en la imaginación colectiva" (2018^a: 121), y creo que el estallido sin duda dejó una huella profunda en la historia del país, pese a la resolución negativa del cambio de texto constitucional.

El estallido social no puede reducirse a un solo evento ni a una única narrativa, las demandas que se aunaron bajo la exigencia de una nueva constitución se movilizaban entre grupos diversos que exigían cambios estructurales respecto de

¹ Este artículo se enmarca en el Proyecto Fondecyt Regular N° 1220377 "La ira y la democracia: Nussbaum, Giannini y Arendt" y en el Proyecto DICYT de Posdoctorado cód. 032491SH "Transformaciones de la convivencia; un estudio histórico-filosófico de la obra de Humberto Giannini" del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

² Instancia en la que varios partidos políticos chilenos de distintos sectores ideológicos firmaron una carta con la que buscaban garantizar el restablecimiento del orden, comprometiéndose a iniciar un proceso de reelaboración de la Constitución Chilena (instalada durante la dictadura cívico militar en el año 1980), mediante la participación ciudadana en conjunto con la institucionalidad política.

³ Para más información sobre el proceso constituyente chileno recomiendo ver: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. (2024). *Dossier: Proceso constituyente en Chile* (Actualización 2024). CEPC. Recuperado de https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2024-03/Dossier%20Proceso%20Constituyente%20Chile_actualizaci%C3%B3n%202024_1.pdf

⁴ Por ejemplo, ver Garretón (2015), Noguera Fernández (2023) y Heiss Bendersky (2023).

varias aristas: pensiones dignas, fin a las AFP, salud y educación pública de calidad y gratuita, entre otras demandas. De entre los múltiples movimientos, demandas y grupos que conformaron el gran fenómeno que se ha convenido en llamar “estallido social”, los feminismos destacaron por su capacidad de articular no solo demandas de género, sino también críticas más amplias a las dinámicas de precarización y exclusión propias del modelo neoliberal. Este artículo se sitúa en ese cruce: en la intersección entre las demandas feministas y el estallido social, con un enfoque particular en las dimensiones afectivas que configuraron estas luchas.

Una de las principales premisas de este trabajo es que los feminismos chilenos, tanto en su historia como en su protagonismo durante el estallido social, han logrado visibilizar y resignificar las emociones como elementos clave de la acción política. En particular, este análisis se centra en el miedo y la ira, emociones tradicionalmente asociadas con la parálisis y la violencia, respectivamente, pero que en el contexto de las movilizaciones feministas se transformaron en motores de cohesión y resistencia. Una de las tesis principales que se busca instalar en este trabajo, es que, a través de la manifestación y la performance, los feminismos han transitado entre el miedo y la rabia, movilizandolos desde antes del estallido social e, incluso, hasta después de pasada su efervescencia.

El recorrido de este artículo se estructura en torno a tres ejes principales. En primer lugar, se exploran los antecedentes históricos y contextuales que permitieron al feminismo chileno desempeñar un papel protagónico durante el estallido social. Este recorrido incluye tanto las movilizaciones feministas previas como las dinámicas políticas y culturales que configuraron el clima afectivo del estallido. En segundo lugar, se analiza la resignificación del miedo y la rabia desde una perspectiva teórica, destacando cómo estas emociones, lejos de ser opuestas, se entrelazan en las prácticas feministas para articular demandas y construir comunidad. Finalmente, se examinan algunas performances y textos feministas que visibilizaron estas emociones, con un enfoque particular en obras como *Un violador en tu camino*, del colectivo Las Tesis, que trascendieron el ámbito local para convertirse en un símbolo global de resistencia.

Este trabajo busca contribuir al entendimiento de las emociones como herramientas fundamentales en la configuración de las políticas contemporáneas y en la construcción de futuros más justos y equitativos. Al recuperar el miedo y la rabia como dimensiones centrales de la movilización feminista, se propone una lectura que conecta lo afectivo con lo político, desafiando las narrativas que reducen la política a una esfera exclusivamente racional. Finalmente, se esbozará la propuesta de que, a partir del encuentro en la afectividad compartida, en un contexto de vulnerabilidad y precarización que individualiza y separa a los sujetos, como es el del

neoliberalismo contemporáneo, los tránsitos afectivos entre dichas emociones pueden llevar incluso a una especie de alegría, en la medida en que se nutre la cohesión con otros a partir de la identificación emocional.

FEMINISMOS ANTES Y DURANTE EL ESTALLIDO: BREVE HISTORIA Y ANTECEDENTES

El feminismo en Chile tiene una trayectoria extensa y dinámica, marcada por momentos de resistencia, transformación y reinención. Este movimiento no puede entenderse como una serie de episodios aislados, sino como un proceso continuo que ha respondido a las tensiones y desafíos de cada momento histórico. Julieta Kirkwood (1986), una de las teóricas más influyentes del feminismo chileno, describe este proceso como una “persistencia política”, destacando que el feminismo “no surge ni desaparece, sino que se adapta y se reinventa según las condiciones del entorno social” (34). Esta capacidad de adaptarse ha permitido al feminismo chileno mantener su relevancia en contextos tan diversos como la dictadura cívico-militar, la transición democrática y, más recientemente, el estallido social de 2019.

Dictadura, transición y movimientos del s. XXI

Aunque no es posible abarcar un periodo tan largo de movilización, denuncia y resistencia, como el que se ha desplegado entre los años de la dictadura cívico-militar chilena (1973-1990) y los últimos años previos al estallido social, vale la pena considerar algunos puntos que caracterizan a los feminismos de los periodos que se configuran a lo largo de las décadas, a fin de ir comprendiendo cómo es que se desemboca en la irrupción del estallido social de 2019.

Durante la dictadura, el movimiento feminista en Chile se mantuvo como un espacio de resistencia frente a la represión brutal y el modelo económico neoliberal. A través de organizaciones vecinales, ollas comunes y diversas formas de resistencia cotidiana, las agrupaciones de mujeres lograron ir tejiendo lo político con lo afectivo y lo doméstico. En esta línea interpretativa, Gagó (2017) subraya que estas prácticas desafiaron las narrativas tradicionales de la política, proponiendo formas de acción que integraron las dimensiones comunitarias como ejes centrales de la lucha.

Según plantean Nadine Faure y María José López (2021), durante los años 80 las mujeres “representaron un importante rol en la recomposición del tejido social y en la recuperación de la democracia en Chile. Parte de este grupo, al mismo tiempo, realizó un importante trabajo práctico y teórico de cuestionamiento y crítica del concepto de democracia” (294). Las mujeres se organizaron en defensa de la vida, convirtiéndose en las primeras en articular demandas tanto en el ámbito doméstico como en el espacio público. Esta resistencia se manifestó a través de organizaciones

como la Casa de la Mujer La Morada, MEMCH '83 y Mujeres por la Vida, que combinaron la denuncia de las violaciones a los derechos humanos con la crítica a las estructuras patriarcales y neoliberales. Según Teresa Valdés y Marisa Weinstein (1993), las mujeres lograron visibilizar sus demandas en un contexto represivo y excluyente, convirtiendo sus experiencias cotidianas en un eje político fundamental.

Durante este periodo, las feministas chilenas que tuvieron la oportunidad de alzar la voz fuera del país participaron en los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, lo que fortaleció la articulación de los feminismos chilenos con otros movimientos feministas de la región (Palestro, 1991), encaminándose en sus reflexiones y acciones políticas hacia la recuperación de la democracia.

Con el regreso a la democracia en la década de los 90, el feminismo enfrentó una etapa marcada por la institucionalización de sus demandas y por tensiones en torno a la autonomía del movimiento. La creación del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) en 1991 representó uno de los logros más visibles de esta época. Sin embargo, este proceso "evidenció las tensiones entre la autonomía feminista y la integración de sus demandas en las políticas públicas" (Valdés & Weinstein, 1993: 45), ya que muchas de sus demandas más radicales quedaron subordinadas a las agendas gubernamentales. Durante esta década, si bien los feminismos y los movimientos sociales en general, que demandaban más que el término de la dictadura, tuvieron un periodo de relativa latencia, en tanto que mantuvieron una actividad más discreta y fragmentada que la que se experimentó, por ejemplo, durante la campaña del No y en periodos posteriores, como, precisamente, el octubre de 2019.

Durante la primera parte del siglo XXI en Chile a los movimientos sociales históricos se sumaron dos instancias de movilización que marcaron un cambio respecto de las lógicas anteriores, más apegadas a la organización partidista:⁵ estos son la llamada Revolución Pingüina de 2006 y las movilizaciones estudiantiles de 2011. La primera de dichas instancias de movilización fue liderada por estudiantes secundarios que cuestionaron las profundas desigualdades del sistema educativo chileno. Las principales demandas incluyeron la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), promulgada durante la dictadura, y el establecimiento de una educación pública gratuita y de calidad, y el fin a la municipalización, con el objetivo de reducir las brechas entre los establecimientos pertenecientes a municipios más acaudalados y los de menos recursos. Esta movilización logró articular a estudiantes de todo el país y forzó al gobierno a incluir las demandas educativas en la agenda política, convirtiéndose en un hito del descontento social en el Chile posdictatorial.

⁵ Sobre este cambio de lógica en los movimientos sociales del siglo XXI, sugiero revisar Pleyers (2018)

Posteriormente, el movimiento estudiantil de 2011 amplió este cuestionamiento al modelo neoliberal en su conjunto. La exigencia de educación gratuita y de calidad hasta el nivel de formación superior, llevó a que, además de las organizaciones de estudiantes secundarios, las organizaciones de estudiantes universitarios tomaran el protagonismo del movimiento, especialmente la CONFECH (Confederación de Estudiantes de Chile), de cuyos miembros dirigentes ahora algunos han pasado por el gobierno chileno actual y el parlamento. Durante este movimiento el rol de la performance en la protesta tomó un cariz que no se había visto de manera tan lúdica anteriormente en la historia del país: "Una de las características más significativas de la irrupción estudiantil de 2011 es su expresión callejera, destacada por performances como flashmobs, ocupaciones y dramatizaciones que desbordaron el formato tradicional de protesta, articulando un espacio público vivo y creativo" (Paredes, Ortiz, & Araya, 2018: 132). Este carácter de la performatividad de la manifestación parece conectar con los periodos posteriores que van a llegar a conectar con el estallido social. Y, en particular, parecen ya asomar los feminismos al escenario central de la protesta. Según Pleyers (2021), "el ciclo de contestación iniciado en 2011 sentó las bases para un movimiento feminista profundo y muy creativo, que emergió con fuerza en 2018" (18). Si bien el feminismo no fue el foco central de las movilizaciones de este periodo, las experiencias organizativas y los aprendizajes de estas luchas permitieron articular un movimiento feminista más amplio, cuyo punto de inflexión próximo sería el denominado "Mayo Feminista" de 2018.

El 'mayo feminista': contra el patriarcado y la precarización de la vida

En los periodos de movilización antes mencionados, los estudiantes de las instituciones de educación pública fueron los principales actores sociales que llevaron la dirección de los movimientos, tanto secundarios como universitarios. Sin embargo, uno de los aspectos únicos del mayo feminista, es que se sumaron también estudiantes de universidades privadas. El foco de las manifestaciones fue visibilizar y combatir la violencia de género y el acoso sexual en las instituciones educativas. Estas demandas, aunque inicialmente centradas en el ámbito académico, rápidamente trascendieron este espacio para abarcar cuestiones más amplias, como la precarización laboral y las desigualdades estructurales. Nelly Richard (2018b) describe este periodo como "una irrupción de lo cotidiano y lo afectivo en la política" (21), destacando que las movilizaciones feministas no solo denunciaron las violencias patriarcales, sino que también desnudaron cómo estas dinámicas están incrustadas en todos los niveles de la vida social. Según la autora, las tomas y manifestaciones feministas de este periodo califican como una insurgencia que redefine los términos de la movilización estudiantil, marcando un giro desde demandas procedimentales

hacia cuestiones sustanciales. Mientras que el movimiento estudiantil de 2011 había puesto el foco principalmente en la gratuidad de la educación, el mayo feminista añadió una capa crítica, abogando por una educación no sexista que cuestionara las bases estructurales de la desigualdad.

Un ejemplo paradigmático fue el petitorio de las estudiantes de la Pontificia Universidad Católica, quienes no solo exigieron medidas contra el acoso sexual, sino que también vincularon estas demandas con la situación laboral de trabajadoras subcontratadas. Este gesto cruzó las fronteras del ámbito académico para abarcar las lógicas de explotación en el mercado laboral y evidenció la capacidad de los feminismos para conectar luchas diversas. Según Richard, “la toma feminista de la Universidad Católica supo denunciar, transversalmente, toda la cadena de acumulación (masculina) y de desposesión (femenina) de la privatizadora economía de mercado que administró el Chile de la dictadura y la transición” (2018: 121).

El movimiento feminista, en este sentido, no se limitó a denunciar las violencias patriarcales en términos de género, sino que estableció vínculos claros entre estas violencias y las estructuras económicas que precarizan la vida. Esta capacidad para articular múltiples frentes de lucha consolidó a los feminismos chilenos como un eje transversal en los movimientos sociales del país, uniendo demandas que iban desde la igualdad de género hasta la justicia social y económica. Según Nuria Varela, esta convergencia entre anti patriarcado y anti neoliberalismo es una característica definitoria de la llamada cuarta ola feminista, lo que parece describir el proceso de movilizaciones y demandas del mayo de 2018 chileno, puesto que “El feminismo de la cuarta ola no solo desafía las estructuras patriarcales, sino que también propone una crítica sistémica al modelo neoliberal que precariza la vida.” (Varela, 2021: 112). El enfoque performativo y transversal de los feminismos que se movilizaron en mayo de 2018 prefiguraron muchas de las dinámicas que caracterizarían al feminismo durante el estallido social de 2019.

Preparando la escena para el estallido

En abril de 2019, meses antes del inicio del estallido, Judith Butler visitó Chile y destacó el protagonismo del feminismo dentro de los movimientos sociales. En una entrevista para *The New Yorker*, Butler afirmó: “Cuando estaba en Chile en abril pasado, me llamó la atención el hecho de que el movimiento feminista estaba a la vanguardia de la izquierda, y eso hizo una gran diferencia al pensar en tácticas, estrategias y objetivos” (2020). Este reconocimiento, realizado en el contexto internacional, subraya la centralidad del feminismo en la articulación de demandas colectivas que van más allá de los límites tradicionales de la política de género. El 8 de marzo de 2019, pocos meses antes del estallido y justo antes de la visita de Butler,

la marcha feminista en conmemoración del Día Internacional de la Mujer alcanzó dimensiones históricas. Esta manifestación, que, según la coordinadora 8M, reunió aproximadamente 800 mil asistentes solo en Santiago (La Tercera, 2019), evidenció la fuerza y cohesión del feminismo chileno como un movimiento masivo y transversal. Las consignas y pancartas que llenaron las calles reflejaban no solo el hartazgo frente a las violencias patriarcales, sino también una crítica profunda a las dinámicas neoliberales que perpetúan la precarización de la vida. Frases como “Nos quitaron tanto que nos quitaron el miedo” encapsulan este espíritu de resistencia colectiva que ya anticipaba el protagonismo del feminismo en el estallido social. Según Follegati (2020) esta consigna feminista “representa el descontento, el hastío y la necesidad de acción frente a las violencias estructurales y machistas” (7). Esta misma frase posteriormente va a resonar como uno de los lemas que “expresa el espíritu del estallido chileno al resignificar el miedo como una herramienta de resistencia” (Henríquez, Ganter, Goecke & Zarzuri, 2022: 297). Desde aquí, ya se puede avistar un vínculo claro entre los feminismos, desde 2018 hasta 2019, y el estallido, como si los primeros fueran armando un recorrido hacia la expresión afectiva que termina de explotar en octubre de ese año.

Alejandra Castillo (2022) argumenta que el feminismo chileno actuó como un “nudo político” durante el estallido, conectando diversas luchas y fortaleciendo la solidaridad entre movimientos sociales. Según la autora, el feminismo ha sido capaz de trazar puentes entre diferentes demandas sociales, fortaleciendo la resistencia colectiva y proponiendo nuevas formas de organización. Esta capacidad de articulación, que combina una crítica al patriarcado con una denuncia del neoliberalismo, posiciona al feminismo como un eje central dentro del estallido social.

Las performances feministas, que habían cobrado protagonismo desde el mayo feminista de 2018, desempeñaron un papel crucial en esta articulación. El uso del cuerpo como herramienta política y el espacio público como escenario de denuncia permitieron que las demandas feministas trascendieran las fronteras nacionales, conectándose con movimientos transnacionales como el #NiUnaMenos en Argentina y el #MeToo en Estados Unidos. Verónica Gago (2017) destaca que estas redes transnacionales no solo fortalecen las luchas locales, sino que también posicionan al feminismo como una fuerza capaz de desafiar las estructuras patriarcales y neoliberales en múltiples escalas (48).

El “mayo feminista” de 2018 y la marcha del 8M de 2019 prefiguraron muchas de las dinámicas que caracterizarían al feminismo durante el estallido social de octubre. Estas movilizaciones no solo visibilizaron las violencias estructurales que enfrentan las mujeres, sino que también demostraron la capacidad de los feminismos para

resignificar emociones como el miedo y la ira, transformándolas en herramientas de resistencia y construcción comunitaria. En este sentido, el feminismo chileno no solo confrontó las estructuras de opresión patriarcales, sino que también ofreció un modelo para imaginar nuevas formas de solidaridad y organización política.

EL MIEDO NOS SEPARA

El miedo como instrumento de control y represión

El miedo ha sido un pilar fundamental en la configuración de las relaciones de poder, especialmente en contextos de represión y desigualdad estructural. En el caso chileno, este afecto adquirió un carácter estructural durante la dictadura cívico-militar, cuando fue instrumentalizado como una herramienta de control político, social y emocional (Lechner, 1988). Este régimen autoritario, caracterizado por sus violaciones sistemáticas a los derechos humanos, no solo impuso un sistema económico neoliberal, sino que también moldeó una cultura del miedo que, según Norbert Lechner persiste hasta el día de hoy: "La cultura del miedo [...] es no sólo el producto del autoritarismo, sino, simultáneamente, la condición de su perpetuación" (1988: 98). Las desapariciones forzadas, las torturas, la censura y las ejecuciones extrajudiciales fueron mecanismos explícitos de terror, pero no fueron las únicas herramientas utilizadas para disciplinar a la población. Según la interpretación de Friz (2021) "La instauración de un 'miedo cotidiano' fue quizás la forma más efectiva de desmovilización social, una atmósfera en la que cada interacción social podía ser percibida como potencialmente peligrosa" (484). Tanto Lechner como Friz consideran que, más allá de ser un sentimiento individual, el miedo puede convertirse en una fuerza estructurante de la vida social. Este fenómeno no fue exclusivo de los opositores al régimen autoritario; el miedo afectaba a todos los niveles de la sociedad, generando desconfianza y aislamiento. La delación, por ejemplo, fomentada por el régimen como una práctica para mantener el control, exacerbó esta fragmentación social.

Uno de los aspectos más insidiosos del miedo durante este periodo fue su capacidad para desviar la atención de la represión estatal hacia amenazas menos concretas, como la "delincuencia" o el "caos" (Lechner, 1988). Este desplazamiento discursivo permitió al régimen justificar sus medidas autoritarias como necesarias para garantizar el orden y la estabilidad. Al analizar encuestas de la época, Lechner observó que, incluso en los momentos de mayor represión, la percepción de amenaza por parte del Estado era menor que el miedo a la inseguridad generalizada. Este fenómeno, según el autor, refleja cómo el miedo no solo se utiliza para reprimir, sino también para manipular narrativas sociales que legitiman la dominación.

Tras el fin de la dictadura en 1990, el miedo no desapareció con la transición democrática. Por el contrario, fue reformulado en el marco del modelo neoliberal que sucedió al régimen militar. Este modelo, basado en la privatización de derechos esenciales como la educación, la salud y las pensiones, introdujo una nueva forma de precarización estructural que profundizó el miedo como experiencia cotidiana. Aquí, el miedo ya no provenía de la amenaza explícita del Estado, sino de una sensación de vulnerabilidad constante frente a un sistema que premiaba la competitividad y castigaba la solidaridad. La precarización económica se tradujo en una experiencia emocional de incertidumbre constante, que afectó tanto a los cuerpos individuales como a los lazos comunitarios (Friz, 2021)

En este contexto, el miedo se convirtió en una herramienta de control menos visible, pero igual de efectiva que la represión directa. A diferencia del miedo explícito de la dictadura, que operaba a través de la violencia estatal, el miedo neoliberal es más difuso y sutil, pero no menos paralizante. Siguiendo las lecturas de Friz (2021) y Lechner (1988), podríamos plantear que esta transición del "miedo autoritario" al "miedo neoliberal" refleja un cambio en las dinámicas de poder, donde el control ya no se ejerce únicamente a través de la coacción, sino también mediante la inducción de una sensación de inseguridad permanente.

La atmósfera patriarcal del miedo

Para las mujeres y disidencias, esta experiencia del miedo tiene una dimensión aún más compleja. Judith Butler (2020) describe cómo el miedo no solo es una respuesta a una amenaza concreta, sino también un estado de vulnerabilidad constante, particularmente en contextos de violencia patriarcal. Este tipo de violencia, que no siempre se manifiesta en actos explícitos, opera a través de un "clima de terror" que disciplina los cuerpos y restringe su libertad. Butler (2021) argumenta que "La violencia, como saben, no es un acto aislado y tampoco es solo una manifestación de las instituciones o de los sistemas en los que vivimos. Es también una atmósfera, una toxicidad que invade el aire." (48) En especial, este clima de terror afecta a las mujeres, que "viven hasta cierto punto aterrorizadas por la prevalencia de los asesinatos contra ellas" (48), en ese sentido, considerando las terribles cifras de violencia mortal contra las mujeres, "la situación del feminicidio no implica solo el asesinato activo, sino que incluye también el mantenimiento de un clima de terror, uno en el que cualquier mujer, incluidas las mujeres trans, puede ser asesinada" (45). Este análisis cómo el miedo afecta de manera diferencial a los cuerpos feminizados, quienes enfrentan no solo la precarización económica inherente al neoliberalismo, sino también la precarización de su seguridad física y emocional.

La precarización múltiple que experimentan las mujeres se evidencia en las estadísticas de violencia de género en Chile. Según el Servicio Nacional de la Mujer y la Equidad de Género, en un periodo de 12 años, el promedio de feminicidios consumados es de 45 anuales (SERNAM, n.d.).⁶ Este dato, aunque impactante, no alcanza a reflejar completamente la magnitud del problema, ya que muchas formas de violencia no son registradas. Según la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres, la violencia patriarcal está tan normalizada que muchas mujeres ni siquiera la identifican como tal.⁷ Este fenómeno refuerza el clima de miedo al que se refiere Butler.

Sin miedo

Resumiendo hasta aquí: el miedo en el contexto chileno tiene múltiples capas: es una herramienta de control político, una experiencia cotidiana de precarización económica y una forma de violencia estructural que afecta de manera desproporcionada a las mujeres y disidencias. Este miedo, aunque puede llegar a ser paralizante, también ha sido un punto de partida para la resistencia colectiva, como veremos en las siguientes partes.

Habiendo salido del régimen autoritario e iniciado la transición a la democracia, no se puede afirmar que el miedo haya desaparecido por completo. Según Norbert Lechner, la democracia no garantiza, en sí misma, la erradicación de los miedos arraigados en el tejido social. Sin embargo, con el paso de los años y las décadas, los movimientos sociales en Chile adquirieron una nueva fuerza, impulsados por generaciones que no experimentaron directamente los años de la dictadura.⁸ Esto no implica que los movimientos previos no hayan sido significativos, pero permite observar un cambio en las dinámicas de protesta. Las generaciones nacidas en democracia parecen haber desafiado con mayor intensidad las estructuras de poder, enfrentándose al miedo paralizante que caracterizó la época de la dictadura y hasta la transición.

Ejemplo de esto fueron las movilizaciones estudiantiles de 2006 y 2011. Tal como se vio anteriormente, estas movilizaciones no solo demandaban cambios en el sistema educativo, sino que también cuestionaban el modelo neoliberal heredado de la dictadura. En el movimiento estudiantil de 2011, se percibía un rechazo explícito a la fragmentación social y al individualismo que fomenta el neoliberalismo. Las manifestaciones masivas, organizadas principalmente por jóvenes, desafiaron la

⁶ Para cifras comparadas en Latinoamérica y el Caribe, ver <https://mundosur.org/1-femicidio-cada-2-horas-en-america-latina-y-el-caribe/>

⁷ Para revisar sus informes y documentos, ver <https://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/presentacion/>

⁸ Un estudio sobre las generaciones nacidas en democracia y su relación con el miedo, o, más bien, 'sin miedo' se encuentra en Sandoval & Carvallo, 2019.

narrativa del miedo y tomaron las calles en números sin precedentes. Este cambio generacional también significó una nueva relación con el miedo: aunque seguía siendo una emoción presente, ya no paralizaba. Al contrario, las movilizaciones mostraron cómo el miedo, cuando se experimenta colectivamente, puede ser resignificado y utilizado como una herramienta para movilizar.

El feminismo, por su parte, ha sido históricamente un movimiento que desafía las dinámicas de poder que perpetúan el miedo. Judith Butler (2021) observa que las mujeres, al vivir en una sociedad estructurada por el patriarcado, enfrentan un tipo de miedo que está profundamente entrelazado con su vulnerabilidad. Esta vulnerabilidad no es únicamente física, sino también económica y social. Butler argumenta que "la violencia no solo elimina vidas, sino que también destruye las condiciones que hacen que la vida sea vivible" (2020: 12).

Las feministas chilenas han desafiado este clima de miedo con un discurso valiente (Butler, 2020) que se evidencia en lemas como el ya mentado "Nos quitaron tanto que nos quitaron el miedo". Según Butler, el discurso valiente no implica la ausencia de miedo, sino la capacidad de actuar a pesar de él. Alondra Carrillo y Javiera Manzi (2020), señalan que "llamarnos a perder el miedo no es desconocer la amenaza permanente, sino reafirmar la confianza con que nos hemos encontrado, contar con nosotras mismas y nuestra fuerza conjunta" (141). Esto sugiere que la pérdida del miedo no es tanto una desaparición de la emoción, sino una transformación del significado que se le atribuye.

En este contexto, la resignificación del miedo como una experiencia colectiva se convirtió en una estrategia política central. En 2018, por ejemplo, las tomas feministas no solo fueron espacios de denuncia, sino también de cuidado y apoyo mutuo. Esta resignificación del miedo se materializó en prácticas como las asambleas abiertas, donde las estudiantes compartían sus experiencias de violencia y vulnerabilidad. Estas prácticas no solo desafiaron el aislamiento que genera el miedo, sino que también crearon espacios de solidaridad y resistencia.

El estallido social de 2019 fue una continuación de estas dinámicas. Las feministas desempeñaron un papel clave en las movilizaciones, resignificando el miedo como una herramienta para construir comunidad y solidaridad, a través de herramientas performáticas. Obras como "Un violador en tu camino" del colectivo Las Tesis no solo denunciaron la violencia patriarcal, sino que también visibilizaron cómo el miedo opera como una herramienta de control social. Según Cynthia Francica, esta performance "habilitó una vivencia común de afectos, creando comunidades de resistencia efímeras pero poderosas" (2021: 163).

La importancia de resignificar el miedo no solo radica en su capacidad para movilizar, sino también en su potencial para desafiar las narrativas hegemónicas que perpetúan la fragmentación social. En su análisis, Lechner señala que "el miedo limita la imaginación política, haciendo parecer inviables las alternativas al orden existente" (1984: 67). Esta reflexión resulta pertinente al considerar cómo los feminismos chilenos han desafiado esta dinámica, utilizando el miedo como un catalizador para imaginar y construir alternativas al neoliberalismo y al patriarcado.

En este sentido, el feminismo de la cuarta ola, caracterizado por su enfoque interseccional y su crítica al neoliberalismo, ofrece una respuesta poderosa al miedo estructural. Nuria Varela (2021), al describir las características de esta ola feminista, destaca su capacidad para articular demandas que trascienden el ámbito de género, integrando luchas contra la precarización laboral, la injusticia económica y la violencia estructural. En el contexto chileno, esta perspectiva se traduce en prácticas de cuidado y solidaridad que desafían la fragmentación impuesta por el neoliberalismo.

LA RABIA NOS REÚNE

A la vez que el miedo aparece en el estallido social y en los feminismos como un afecto que se va superando, o, al menos, al que se sobrepone la acción de la protesta, la rabia emerge como una emoción política que denuncia y exige: denuncia la injusticia y la violencia, y exige reconocimiento y cuidado.

A diferencia del miedo, que a menudo se asocia con la parálisis y la desvinculación, la rabia posee un potencial movilizador intrínseco. Esta emoción, cuando se comparte, se convierte en un motor de cohesión y acción, conectando las experiencias individuales de injusticia con demandas colectivas y transformadoras. En el marco del estallido social, la rabia no solo fue un reflejo del hartazgo acumulado por décadas de desigualdad y violencia estructural, sino también una herramienta poderosa para construir comunidad y articular nuevas formas de organización política. De este modo, superar o sobreponerse al miedo parece suponer un tránsito hacia la ira (o la rabia).

Ira, interdependencia y no violencia

Butler defiende que el clima de miedo en el que vivimos, especialmente las mujeres, las disidencias y las poblaciones marginalizadas, se sostiene sobre un sistema que precariza la vida, manteniéndola en situación de vulnerabilidad constante, y, por lo tanto, en un clima de miedo. La ira -o la rabia, si se quiere-, es otra de las emociones que afloran en este clima de precarización sistemática. La postura que defiende

frente a este escenario es el de la no violencia. Habitualmente la ira se asocia con la violencia, sin embargo, para Butler, la ira no es incompatible con la no violencia. Por el contrario, puede ser una fuerza que impulsa la resistencia ética y política. Para Butler, "la no violencia no emerge necesariamente de la calma, sino que puede ser una expresión de ira y de agresión contenida frente a la injusticia" (2020: 36). Este enfoque permite resignificar la rabia como una emoción que, lejos de ser destructiva, puede convertirse en una respuesta legítima y estratégica frente a las estructuras de poder que precarizan la vida. Este concepto resulta especialmente relevante en el contexto chileno, donde la rabia feminista se canalizó a través de prácticas performativas y de cuidado colectivo que desafiaron las lógicas individualistas del neoliberalismo.

La interdependencia es un concepto central en la resignificación de la rabia. Butler subraya que toda vida es inherentemente interdependiente, lo que implica que nuestras acciones y emociones están intrínsecamente conectadas con las vidas de los demás. Esta perspectiva desafía las narrativas neoliberales que privilegian el individualismo y la competitividad, proponiendo en cambio una ética basada en el cuidado y la solidaridad. En el contexto del estallido social, esta ética se materializó en prácticas de apoyo mutuo y en la creación de redes de cuidado que permitieron transformar la rabia en un motor de acción colectiva: "la rabia surge cuando nuestras vidas, que son interdependientes, son amenazadas o precarizadas" (Butler, 2020: 66).

La ira, la alegría y la esperanza

La rabia colectiva no solo moviliza, sino que también conecta. Mónica Iglesias destaca que esta emoción, al ser compartida, genera una sinergia que refuerza el sentido de comunidad y solidaridad. En su análisis del estallido social, Iglesias observa que "la rabia acumulada por décadas se refuerza con la sinergia que se produce en las protestas. La bronca se acompaña con alegría rebelde, la felicidad de encontrarse, de juntarse, de reconocerse, de afectarse mutuamente" (2020, p 170-171). Esta reflexión pone de manifiesto cómo la rabia, lejos de fragmentar, puede convertirse en una fuerza que cohesiona y revitaliza las luchas colectivas.

Juan José Adriasola (2021) describe también un vínculo entre la rabia y la esperanza al relatar cómo una manifestante expresó "mucho rabia y mucha esperanza" (207) durante una asamblea. Según Adriasola, "lo que siente, dice, es mucha rabia, como si fuera una cosa viva, que se mueve y se multiplica. Pero no la consume, la cuida, la cultiva incluso. Porque no es solo suya: allí se concentra un cuerpo, un mundo, un tiempo colectivo" (207). Esta perspectiva destaca cómo la rabia, al saberse compartida, engendra una esperanza que puede convertirse en una fuerza cohesiva y constructiva para el cambio social.

En una línea que parece coherente con lo anterior, Martha Nussbaum (2001) argumenta que la ira puede ser una respuesta legítima al reconocimiento de la injusticia, cuando se canaliza hacia objetivos transformadores y constructivos. Según Nussbaum, "la ira, cuando se orienta hacia la justicia, puede ser una fuerza que moviliza y transforma" (2001: 312). Este enfoque resalta el potencial de la rabia para actuar como un puente entre la denuncia y la propuesta.

La ira o la rabia, entonces, no es solo una respuesta emocional a la injusticia, sino también una herramienta para articular demandas y construir comunidad. Al resignificar esta emoción, no solo se desafiaron las estructuras de poder, sino que también se ofreció un modelo para repensar la política desde una perspectiva afectiva y relacional. Este enfoque, que combina la dimensión emocional con la acción política, resalta el potencial de la rabia para transformar no solo las dinámicas sociales, sino también las subjetividades individuales y colectivas.

La rabia, en el marco que hemos ido describiendo, no solo moviliza, sino que también genera empatía y, a la vez, esta empatía genera cohesión: colectividad. Mónica Iglesias (2020) destaca que "la rabia colectiva está alimentada por la capacidad de comprender las injusticias cometidas no solo contra uno mismo, sino también contra los demás. Esta empatía socava las lógicas de egoísmo y competitividad que sustentan la subjetividad capitalista" (168). El lema feminista, por ejemplo, "Tocan a una, tocan a todas", expresa esta dimensión colectiva de la rabia, resaltando cómo la experiencia de violencia contra una mujer es percibida como una afrenta a toda la comunidad. La rabia, al ser compartida, puede actuar como un catalizador para la creación de nuevos horizontes de justicia y equidad. Este potencial transformador de la rabia se manifiesta en las múltiples formas de expresión artística y performativa que surgieron durante el estallido, desde las performances masivas hasta los grafitis y las consignas que inundaron las calles.

FEMINISMOS Y PERFORMANCES

Desde las perspectivas que hemos venido desarrollando, las performances feministas aparecen como un acto político y artístico que utiliza el cuerpo y el espacio público para visibilizar las violencias estructurales y desafiar las narrativas hegemónicas de poder. Además, de acuerdo con la hebra que hemos querido ir desenredando en este trabajo, son herramientas de expresión emocional. Judith Butler señala que la performance corporal pone en primer plano "la exposición específica e histórica a la violencia" (2020:142), mostrando cómo los cuerpos resisten la desaparición y persisten en condiciones que debilitan su existencia sistemáticamente. En el contexto del feminismo, estas acciones no solo denuncian las desigualdades patriarcales, sino que también construyen un lenguaje político que conecta la

experiencia cotidiana con las estructuras de opresión. Luna Follegati (2020) describe la performance feminista como una "interrupción" que articula la denuncia de la violencia machista con las dinámicas neoliberales, estableciendo un puente entre la vivencia personal y el modelo económico estructural. Estas acciones performativas son, por tanto, herramientas fundamentales para cuestionar y transformar las lógicas de exclusión y fragmentación, resignificando emociones como el miedo y la rabia en cohesión y acción colectiva.

A continuación, revisaremos algunas performances significativas de los feminismos durante el estallido social chileno, con el objetivo de analizar cómo en estas intervenciones se expresan las emociones de miedo y ira. Mediante el uso del cuerpo, la ocupación del espacio público y la creación de narrativas compartidas, estas performances han colaborado con la construcción de colectividades que desafían las lógicas de fragmentación impuestas por el neoliberalismo, en el encuentro afectivo que se expresa en la performance.

Las tesis rabiosas

La performance de Las Tesis surge en un momento en que la efervescencia del estallido social parecía empezar a decaer, a diez días de firmado el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución. Creada en Valparaíso y estrenada en noviembre de 2019, esta intervención no permite que se extinga la llama de la ira colectiva que explotó fuertemente en octubre. El título de la performance ironiza con una conocida línea del himno de Carabineros de Chile: "un amigo en tu camino", recordando con esta transformación del verso los abusos cometidos por las fuerzas policiales durante el estallido, especialmente haciendo alusión a la violencia sexual denunciada por las manifestantes (Publimetro, 2019). Pero la denuncia que gritaba esta performance no solo se reducía a la violencia durante el estallido, sino a la violencia patriarcal sistemática sufrida en múltiples planos, desde la violencia Estatal hasta la cotidianidad. A mi juicio, es por ello que a la primera presentación de la performance se sumaron tantas otras, a lo largo no solo del país, sino que del mundo, pues su mensaje, denuncia y expresión de la ira acumulada por siglos de opresión, resonó a nivel global.

Las Tesis tomaron inspiración de la obra de Rita Segato, quien destaca que "la violencia sexual no es un fenómeno individual, sino estructural", un argumento que subyace en el corazón de esta performance (Segato, citado en Pleyers, 2021:185). La estructura coral y repetitiva de "Un violador en tu camino" permite observar cómo se transforman las emociones individuales en un acto político colectivo. La frase "El violador eres tú" denuncia directamente no solo a los agresores individuales, sino también al sistema judicial, al Estado y a la cultura patriarcal que sostiene la

impunidad de estas agresiones. Según Cynthia Francica (2021), esta performance habilitó "una vivencia común de afectos, creando comunidades de resistencia durante el estallido social" (163). Así, la ira, lejos de ser destructiva, se articula en una denuncia sincronizada y profundamente política, capaz de traspasar fronteras y resonar en contextos diversos.

La performance encarna una especie de depuración emocional colectiva. El miedo, que históricamente ha silenciado a las mujeres, se transforma aquí en un acto de empoderamiento. La sincronización de movimientos corporales y las consignas vocalizadas crean un espacio simbólico de seguridad y denuncia, donde las participantes y espectadoras experimentan una transformación del miedo individual hacia una fuerza colectiva. Además, "Un violador en tu camino" introduce un componente estético-político innovador al utilizar el espacio público como escenario. En esta resignificación, las calles dejan de ser lugares de peligro para las mujeres y se convierten en territorios de lucha.

En este proceso, la performance no solo denuncia, sino que también imagina nuevos horizontes de justicia y solidaridad. La utilización del cuerpo como herramienta política refuerza la idea de que las luchas feministas están profundamente interconectadas y son colectivas. Esta resignificación de la ira como motor político y del miedo como resistencia permite a las mujeres reclamar su derecho al espacio público, a la dignidad y a la igualdad, en un acto que desborda las fronteras tradicionales de la política institucional.

Francica concluye que "la fuerza de esta performance radica en su capacidad para construir comunidades efímeras pero poderosas, donde el cuerpo colectivo en escena transforma las emociones de miedo y rabia en una afirmación de vida y resistencia" (2021:190). Así, "Un violador en tu camino" no solo es una denuncia, sino también un acto de esperanza que imagina nuevas formas de estar juntas en el espacio público.

El énfasis profundamente emocional de esta performance y de toda la actividad del colectivo, quedó escrito en un libro que se publicó en 2021: *Quemar el miedo*. Allí, afirman Las tesis: "Tenemos rabia. Rabia contra la opresión milenaria. Rabia contra la impunidad histórica. Rabia y miedo de ser agredidas, asesinadas, olvidadas" (2021:20).

Rocío se empelota

Durante una manifestación en Santiago, la activista Rocío Hormazábal utilizó su cuerpo como lienzo y espacio de protesta al desnudarse y escribir en su piel la frase "Piñera me empelota". Esta acción sintetiza, en su crudeza literal y simbólica, la

precarización de los cuerpos femeninos bajo el modelo neoliberal y la violencia estatal que caracteriza al contexto chileno.

El acto de desnudez pública, particularmente en un contexto de represión policial y violencia institucional, resignifica el miedo como una acción política desafiante. En una sociedad donde el cuerpo femenino ha sido históricamente objetivado y controlado, la decisión de Hormazábal de exponer su vulnerabilidad física desafía directamente esas dinámicas. Según Cynthia Francica, esta intervención “articuló una crítica colectiva a las dinámicas de opresión, mostrando cómo el cuerpo puede convertirse en una herramienta política para desafiar las estructuras de poder” (2021:160).

La inscripción de la frase “Piñera me empelota” en su cuerpo conecta las dimensiones personal y política. Este gesto denuncia tanto la violencia explícita ejercida por el Estado como las formas más sutiles y sistémicas de precarización que afectan las vidas de las mujeres en Chile. La frase “me empelota” insinúa varias capas de significación: empelotarse en Chile es una expresión coloquial para hablar de desnudarse. Aludiendo a Piñera -el presidente de Chile durante el estallido social, perteneciente al sector político que apoyó la dictadura y la instalación del modelo neoliberal que mantiene a la mayor parte de la población chilena en situación de precarización vital-, Hormazábal parece estar acusando, precisamente, que el gobierno como representación de la élite política que ha mantenido las condiciones de desigualdad en Chile, le quitan todo sustento. Su desnudez representa la precariedad. Por otro lado, “empelotarse” o que algo “me empelote”, significa que me enoja. Con ello podemos asumir que otra capa de comprensión alude a la ira que emerge de todo lo anterior.

La ira, en esta performance, se manifiesta como una fuerza movilizadora. La acción de Hormazábal no solo visibiliza su indignación frente a las violencias estructurales, sino que también cataliza la rabia colectiva de quienes se identifican con su mensaje. Según Judith Butler, “la ira puede ser una respuesta legítima al reconocimiento de la injusticia, cuando se orienta hacia objetivos transformadores (2020:36). En este caso, la ira de Hormazábal, expresada a través de su cuerpo, se convierte en una herramienta para articular demandas colectivas y desafiar las dinámicas de exclusión y opresión. El cuerpo, desnudo y expuesto, deja de ser un objeto de vulnerabilidad y se convierte en un símbolo de fortaleza.

Las yeguas: resignificando el insulto

Inspiradas en el insulto despectivo “yegua”, que, en Chile, históricamente ha sido utilizado para descalificar a las mujeres, las integrantes del colectivo Yeguada Latinoamericana resignificaron esta palabra transformándola en un símbolo de

resistencia y fuerza colectiva. Durante sus acciones, las participantes se recostaban boca abajo en las calles, con prótesis de colas de yegua que emergían de sus cuerpos, simulando una especie de hibridación entre lo humano y lo animal. Este gesto buscaba desafiar tanto la violencia patriarcal como la represión institucional, creando un acto visual que subvirtió los significados impuestos por el insulto.

En un contexto de estado de emergencia y toque de queda, donde el miedo era una emoción omnipresente debido a la represión policial, la Yeguada Latinoamericana respondió con una acción profundamente transgresora. Al asumir el insulto como parte de su identidad performativa, las participantes de la Yeguada enfrentaron directamente la lógica de exclusión y control que define tanto al patriarcado como al aparato estatal. En esta performance, la rabia colectiva encuentra una expresión poderosa en la teatralización del cuerpo. Las prótesis de colas de yegua, lejos de ser una simple provocación, actúan como un símbolo de resistencia que desafía los intentos de deshumanización inherentes al insulto; insulto que, por lo demás, es exclusivamente dirigido hacia las mujeres o personas feminizadas. La Yeguada Latinoamericana transforma la indignación en un acto político que no solo denuncia, sino que también cohesiona a las participantes en una narrativa común.

Vale mencionar otra intervención creada por Cheril Linett -también creadora de la performance recién descrita-: "Orden y Patria". Realizada como parte de la serie "Vertiente Fúnebre", se desarrolló el 31 de octubre de 2019, en el contexto del estado de emergencia y represión estatal tras el estallido social. En esta performance, las participantes se instalaron frente al Monumento a los Mártires de Carabineros en Santiago, portando coronas funerarias que deletreaban la palabra "violadores". De rodillas, con el torso desnudo y los calzones bajados, las activistas conformaron una colectividad sin rostro que denunció explícitamente las violaciones a los derechos humanos y agresiones sexuales cometidas durante el estado de excepción. En "Orden y Patria", la ira se manifiesta no solo como una denuncia directa, sino como un ritual fúnebre que expone la complicidad institucional en la violencia cometida contra los manifestantes, no sólo del estallido social, sino a lo largo de la historia de Chile. La puesta en escena, que combina elementos de duelo y confrontación, refuerza la idea de que el cuerpo colectivo puede convertirse en un instrumento político para visibilizar injusticias. Este acto simbólico resignifica la narrativa oficial del Monumento a los Mártires, transformándolo en un lugar de denuncia que interpela directamente a la institución de Carabineros.

Performance como resistencia encarnada

Si bien las performances descritas representan solo una parte del vasto repertorio de acciones feministas que emergieron durante el estallido social chileno, su análisis permite vislumbrar la riqueza y complejidad de estas intervenciones. Por los límites propios de esta investigación, hemos centrado nuestra atención en estas obras significativas, pero cabe señalar que existen muchas otras que merecen ser exploradas y analizadas en profundidad.

Lo que estas performances comparten es su capacidad para articular los tránsitos emocionales entre el miedo y la ira, dos afectos que, lejos de ser opuestos, se entrelazan para desafiar la atmósfera de miedo estructural. Este miedo, sostenido por la violencia patriarcal y la precarización neoliberal, genera una sensación de vulnerabilidad y abandono que las feministas confrontan y resignifican. En estas intervenciones, la ira actúa como una fuerza que rasga el velo del miedo, transformándolo en una herramienta de cohesión y acción colectiva.

A través del uso de sus cuerpos y voces, las feministas no solo denuncian las violencias estructurales, sino que también exigen justicia y reivindican su derecho a ocupar el espacio público como sujetas políticas. Las performances aquí analizadas demuestran que el cuerpo, lejos de ser un sitio pasivo de opresión, puede convertirse en un territorio de resistencia y transformación, donde el miedo se depura y la rabia se convierte en una afirmación de vida y lucha. De este modo, estas acciones encarnan no solo la denuncia del presente, sino también la imaginación de futuros más justos.

CONCLUSIONES

El recorrido que hemos trazado a lo largo de este trabajo nos permite observar cómo las movilizaciones feministas durante el estallido social chileno no solo denunciaron las estructuras patriarcales y neoliberales, sino que también resignificaron emociones tradicionalmente vistas como paralizantes o destructivas, transformándolas en motores de cohesión y acción política. A través del análisis de momentos históricos, conceptos teóricos y performances específicas, hemos identificado que el miedo y la ira no solo son experiencias individuales, sino que, en el contexto del feminismo, se entrelazan para construir colectividades resilientes y demandas contundentes de justicia.

El miedo, descrito como una herramienta de control político y económico, encontró en estas movilizaciones una resignificación que lo desplazó de la parálisis a la acción. A su vez, la ira, frecuentemente asociada con el desorden o la violencia, emergió como un impulso que rasgó el velo del miedo, exponiendo las injusticias y

permitiendo una respuesta colectiva que denuncia, confronta y transforma. Este tránsito afectivo entre el miedo y la ira no solo visibiliza las opresiones, sino que también propone nuevas formas de imaginar y habitar la esfera pública.

Las performances analizadas –desde *Un violador en tu camino* hasta las intervenciones de la Yeguada Latinoamericana y Rocío Hormazábal– ilustran cómo las feministas han utilizado sus cuerpos y voces como “herramientas” políticas. Estas acciones no solo responden a una necesidad urgente de denunciar violencias sistemáticas, sino que también son actos de esperanza que apuntan a un horizonte de justicia. La ocupación del espacio público y la resignificación del cuerpo como territorio político (Gagó, 2017) nos muestran que las emociones no son obstáculos para la acción, sino elementos esenciales para reconfigurar las dinámicas de poder.

Finalmente, este trabajo propone que las emociones colectivas, articuladas en marcos performativos, no solo desafían las narrativas hegemónicas, sino que pueden contribuir a construir un tejido social basado en la interdependencia y el cuidado mutuo. Aunque los límites de esta investigación nos impiden abordar el vasto repertorio de acciones feministas durante el estallido, lo aquí desarrollado es una muestra de cómo los feminismos, en su capacidad para conectar lo afectivo con lo político a través de la performance, no solo resiste, sino que también imagina y se encamina a construir justicia.

BIBLIOGRAFÍA

Adriasola, Juan José (2021). “Mucha rabia, mucha esperanza. Una entrada al cuerpo y el afecto de la política”. De Vivanco, C. & Johansson, A. (Eds.). *Instantáneas en la marcha: Repertorio cultural de las movilizaciones en Chile*. Santiago: UAH Ediciones: 241-248. **Falta indicar el nombre completo de las editoras.**

Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución (2019, 15 de noviembre). Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/76280/1/Acuerdo_por_la_Paz.pdf.

Barrera, Lucía V.; Garibi, Catalina; Guerrero, María Fernanda y Montoya, Mónica Victoria (2010). “De ‘El feminismo’ a ‘Los feminismos’: Propuesta incluyente para grandes luchas”. *Debate Feminista* 41: 64-74.

Butler, Judith (2020). *Sin miedo: Ensayos sobre la violencia y la resistencia*. Santiago: Penguin Random House.

Butler, Judith (2021). *La fuerza de la no violencia*. Barcelona: Editorial Paidós.

Carrillo, Alondra y Manzi, Javiera (2020). “Insurgencia feminista: la revuelta en la revuelta”. En Elgueta, L. & Marchant, M. (Eds.). *De la marcha y el salto*.

- Santiago: Tiempo Robado Ediciones: 121-148. Falta indicar el nombre completo de las editoras.
- Faure, Nadine y López, María José (2021). "Memorias marginales: las mujeres en la recuperación de la democracia en Chile". En Sánchez, C. (Ed.), *Violencias de género entre la guerra y la paz*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores: 289-315. Falta indicar el nombre completo de las editoras.
- Follegati, Luna (2020). "Nos quitaron hasta el miedo: Los feminismos en la revuelta social chilena". *LASA Forum* 51(4): 4-10.
- Francica, Cynthia (2021). "Somos un cuerpo: Performances feministas en el estallido social". En De Vivanco, C. & Johansson, A. (Eds.). *Instantáneas en la marcha: Repertorio cultural de las movilizaciones en Chile*. Santiago: UAH Ediciones: 183-194. Falta el nombre completo de las editoras.
- Friz, Cecilia (2020). *La cultura del miedo en el Chile postdictatorial*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Friz, Cecilia (2021). *El exceso de la democracia*. Viña del Mar: CENALTES Ediciones.
- Garretón, Manuel Antonio (2015). "Proceso constituyente (I): Plebiscito y asamblea para resolver el conflicto central de Chile". *Mensaje* 642: 36-37.
- Gago, Verónica (2017). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Heiss Bendersky, Claudia (2023). "El proceso constituyente en Chile: Entre la utopía y una realidad cambiante". *Nueva Sociedad* 305: 126-135.
- Iglesias, Mónica (2020). "Imágenes y palabras de la re(vuelta) popular en Chile". En Elgueta, L. & Marchant, M. (Eds.). *De la marcha y el salto*. Santiago: Tiempo Robado Ediciones: 167-184. FALTA EL NOMBRE COMPLETO DE LAS EDITORAS
- Kirkwood, Julieta (1986). *Ser política en Chile: Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- La Tercera (2019, 8 de marzo). "Coordinadora 8M estima en 400 mil personas las que participaron en marcha feminista". *La Tercera*. <https://www.latercera.com/nacional/noticia/coordinadora-8m-estima-400-mil-personas-las-participaron-marcha-feminista/562781/>.
- Las Tesis (2021). *Quemar el miedo*. Santiago: Editorial Planeta.
- Lechner, Norbert (1984). *La cultura política y la cuestión del miedo*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.

- Mundo Sur (n.d.). “1 feminicidio cada 2 horas en América Latina y el Caribe”. *Mundo Sur*. <https://mundosur.org/1-feminicidio-cada-2-horas-en-america-latina-y-el-caribe/>.
- Noguera Fernández, Alfonso (2023). “El fracaso del proyecto de Constitución chilena de 2022: El doble desajuste entre la agenda social y la agenda de la convención”. *Revista catalana de dret públic* 67: 221-239. <https://doi.org/10.2436/20.8030.01.67>
- Palestro, Sonia (1991). *Mujeres en movimiento, 1973-1989*. Santiago: FLACSO.
- Pleyers, Geoffrey (Ed.) (2021). *El despertar chileno: Lecciones de la revuelta social, de la violencia y de la esperanza*. Santiago: Editorial LOM.
- Polomer, Amanda Carolina (2019). *Chile despertó: Lecturas desde la Historia del estallido social de octubre*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Publimetro (2019, 23 de octubre). “Derechos Humanos: Los casos que marcaron la reunión del Gobierno de Piñera en medio del estallido social”. *Publimetro*. <https://www.publimetro.cl/cl/noticias/2019/10/23/derechos-humanos-casos-reunion-gobierno-pinera-estallido-social.html>.
- Richard, Nelly (2018). *Residuos y metáforas: Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Richard, Nelly (2018). “La insurgencia feminista de mayo 2018”. *Mayo feminista: La rebelión contra el patriarcado*. Santiago: LOM Ediciones: falta indicar las páginas del capítulo y el nombre de las editoras.
- Servicio Nacional de la Mujer y la Equidad de Género (SERNAM) (n.d.). “Femicidios consumados y frustrados en Chile”. https://www.sernameg.gob.cl/?page_id=27084.
- Valdés, Teresa y Weinstein, Marisa (1993). *Mujeres que sueñan: Las organizaciones de pobladoras en Chile, 1973-1989*. Santiago: FLACSO.
- Varela, Nuria (2021). *La cuarta ola: Feminismo y resistencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.